

Sobre el fin del socialismo

Recordando el célebre título de Huizinga vivimos entre las sombras del mañana. ¿Ha comenzado una época nueva, se trata de un interregno o, según algunos signos, se entra en un nuevo tiempo-eje? La única certidumbre, divulgada rápidamente tras la caída del Muro, es que se acaba una época histórica; por cierto, no circunscrita esta vez a Occidente, sino universal. Mas las épocas no coinciden necesariamente con los siglos; suelen ser más amplias. Si el que muere puede ser llamado siglo del socialismo, con él consume este último su ciclo histórico. Sus estertores se han prolongado durante el último tercio de la centuria en que todo ha estado pendiente de ellos. Desde la revolución «*introu-vable*» de 1968 resultaba bastante clara su agonía. La *perestroika* y su culminación en 1989 confirmó su irreversibilidad, justo cuando, por una ironía de la historia, había llegado también por fin al poder en Grecia, en España, en Francia. A partir de ese momento sobrevive en estado coma. Las naciones escarmentadas, sabias, o con instinto político, se desentienden de él. Pero no resultará siempre fácil: subsisten por doquiera los enormes intereses de todo tipo que ha creado; en algunos casos -Cuba, China, Vietnam, Rumania, Bulgaria, quizá Rusia y España-, también sus peculiares y arcaizantes estructuras de poder; en casi todas partes, la fe de masas, víctimas de un enorme aparato de propaganda, lo único en que parece haberse mostrado verdaderamente superior. El socialismo ha explotado desde el principio muy sabiamente, con extraordinaria habilidad, la dialéctica política amigo-enemigo distorsionada como oposición entre pobres y ricos, explotados y explotadores, proleta-

**DALMACIO
NEGRO**

«El socialismo ha explotado desde el principio muy sabiamente, con extraordinaria habilidad, la dialéctica política amigo-enemigo distorsionada como oposición entre pobres y ricos, explotados y explotadores, proletarios y burgueses.»



ríos y burgueses y, si a juzgar por los hechos nadie pueda creer ya ilusio-
nadamente sus bondades, sigu^ teniendo muchos fieles por temor al
enemigo; con fe muerta, ciertamente, al no poder ser también leales.

En la historia se entremezclan inevitablemente continuidad y
discontinuidad. Por eso resulta impensable! que desaparezca súbitamente
el socialismo. Ninguna de las «conquistas sociales» le debe nada. Son
inherentes a la lógica del «capitalismo», del que vive aquel vicariamente. El
socialismo ha sido una remora -una especié de contrarrevolución- para el
desenvolvimiento de la sociedad industrial, la revolución democrática y la
sociedad abierta. Pero ha conquistado y confundido los espíritus
encizañándolos y, aunque no tenga ya vigencia, persistirán algún tiempo
sus secuelas. No

ocurrirá igual en ^odas partes; pero, en general, habrán de pasar tal vez dos
generaciones hasta que verdaderamente deje de hablarse de socialismo y,
lo que es más importante, de practicarse, ya| que sus ideas al dominar la
época han contagiado a sus ¡adversarios. Liberales y conservadores, por
mencionar dé pasada los que parecen más notorios, han hecho suyos
ímuchos de sus dogmas; por ejemplo, la justicia social. Sin embargo, es
evidente que ha agotado sus posibilidades: no £>uede presentarse ya como
lo nuevo ni como del presemje; es lo viejo caduco que pertenece al
pasado sin relación con el futuro (¿quién puede ver hoy en la lucha de
clases la ley de la dinamicidad histórica?). En lenguaje político, acogotado
por los hechos, se ha convertido el socialismo e|j la «reacción», ni siquiera
representa ya la «izquierda» que ahora mismo en Francia y en Italia quiere
prescindir, para sobrevivir, de la palabra socialismo: en realidad es pura
«iderecha», si se quiere emplear estos dos términos absurdos, quizá en
trance también de desapari-
ción. Pero, ¿de qué socialismo se trata?

Ideas socialistas han existido siempre. De acuerdo con un método de
imputación muy difundido hoy^ en día, se podría decir que inauguró
Caín el socialismo al matar pcpv envidia a la mitad masculina de la
Humanidad, su hermano Abel, preferido por Yahwé. El socialismo
entiende la libertad como igualdad, y como esta última es una pasión
humana, causa de la envidia, mientras existan desigualdades -naturales
o artificiales- será una tentación, pues la aspiración a la justicia y al
orden justo constituye un privilegio del ser humano. La historia está llena
de invocaciones, movimientos sociales, motines y revoluciones que
tienen por causa o pretexto la justicia. Siempre será posible encontrar
antecedentes socialistas. Es nornjial que los políticos, al ser cambiante la
realidad, tengan que ajustar continuamente las cosas para evitar desi-
gualdades *contra natura*; uno de I sus principales deberes consiste, preci-
samente, en evitar la tentación cfe la demagogia. Sin embargo, nada de
esto es socialismo propiamente dicho, sino actitudes y opiniones relacio-
nadas con el orden natural de las cosas y con la naturaleza humana, que,
frente a la injusticia, pueden llegar a hacerse radicales.

*«Habrán de pasar tal vez dos
generaciones hasta que
verdaderamente deje de
hablarse de socialismo y, lo que
es más importante,
de practicarse, ya que sus ideas
al dominar la época
han contagiado a sus
adversarios.»*



Más próximos aparentemente al socialismo que nace con el uso de esta palabra, hacia 1853, están, por incitadores, autores y descriptores de utopías de todos los tiempos, especialmente e(n los modernos. Relacionados generalmente con la tradición humanista y religiosa o movidos por la compasión y el deseo de justicia, apenas iban más allá de la crítica de la Sociedad. Tampoco son socialistas en el sentido contemporáneo reformadores, planificadores o pensadores como Platón, que imaginan una sociedad bien ajustada o equilibrada, es decir, justa. Estos escritores pueden ser estatistas, partidarios de que el poder público organice casi todo, pero no son socialistas, aunque el estatismo conlleve inevitablemente la instauración de estructuras socializantes.

El Bajo Imperio romano, llamado también Imperio socialista, constituye un ejemplo muy claro. En Roma se llegó al socialismo sin querer; en parte por la ley de que el poder tiende inexorablemente a crecer; en parte por las circunstancias. No es el estatismo el origen del socialismo, aunque al ser este último estatista lo favorece. El socialismo del siglo XX hizo su presentación pública en la revolución de 1848, que podría haber calificado igualmente el propio Aron de «introyable»: revolución secundaria por los hechos, su gran efecto fue esa revelación. L. Namier, preocupado por la exactitud, la bautizó «revolución de los intelectuales». El socialismo que se extingue fue obra suya.

En Francia, con la anterior revolución de julio del año 1830, llegó la burguesía por primera vez al poder como *clase dirigente*, aliada con la monarquía prleanista. Se constituyó entonces el primer Estado Liberal de Derecho. Acogiéndose a sus libertades, un número creciente de intelectuales franceses y de otras naciones, muchos de ellos exiliados, movidos por la indignación moral y la fe en las virtudes de la ciencia, concibieron por primera vez en la historia, la idea de suplantar a los políticos, conviniéndose ellos mismos en clase dirigente destinada a conquistar el poder, dirigirlo y administrarlo en nombre de la fraternidad universal y de la Historia. Se llamaban socialistas para indicar que estaban a favor de la Sociedad y en contra del Estado. La fórmula que llegó a considerarse ortodoxa fue el marxismo. En la práctica nunca se aplicó, sino que hizo de evangelio legitimador. El socialismo aplicado en todas partes, incluido el Imperio Soviético, fue el saint-simonismo. Juzgado utópico por Marx, pero más practicable, postulaba que el gobierno estuviese formado por tecnócratas, a fin de aumentar la producción y hacer realidad la fraternidad distribuyendo la riqueza, mediante el manejo del capital a través del crédito y la planificación, que, en sí misma, es antimarxista al ser antideterminista y, por tanto, antihistórica. Para el «nuevo cristianismo» saint-simoniano (que incluye el comtismo) la virtud pública es la solidaridad. Reducía el gobierno a una especie de gerencia, de «administración de cosas» orientada por los intelectuales, y la sociedad a la masa solidaria de individuos

«Tampoco son socialistas en el sentido contemporáneo reformadores, planificadores o pensadores como Platón, que imaginan una sociedad bien ajustada o equilibrada, es decir, justa.»



*«El hombre es un ser social,
pero el socialismo no es
consustancial con la naturaleza
humana. Es contrario a ella.
Aunque la pasión de la
igualdad, la envidia y el
resentimiento desempeñen en él
un papel fundamental, no se
reduce el ser humano a esos
sentimientos.»*



funcionarios. Combinado con el marxismo dio en la social democracia, que fomenta la solidaridad mediante la manipulación. Combinado además con el leninismo, en el socialismo soviético, que establece la solidaridad por la fuerza.

Descansa en dos mitos principales: los del Hombre Nuevo y la Edad de Oro. El hombre es un ser social, pero el socialismo no es consustancial con la naturaleza humana. Es, más bien, contrario a ella. Aunque la pasión de la igualdad, la envidia y el resentimiento desempeñen en él un papel fundamental, no se reduce el ser humano a esos sentimientos. Lo mismo que la tendencia del poder a crecer, son eternos. Si dependiera de ellos el socialismo, cabe pensar que la humanidad ha sido, es y será siempre socialista. Algunos se alegrarían pero, evidentemente, no es verdad. A la larga prevalece siempre el altruismo sobre el egoísmo; si no hace tiempo que se habría extinguido la vida social y posiblemente la especie. Los hombres no son siempre todo lo buenos que sería deseable, pero tampoco son absolutamente perversos. Caín no fue socialista, pues se dio cuante de que había obrado mal. La primacía absoluta de lo público y de la solidaridad, que impiden el desarrollo de la personalidad, le da su carácter. Pero esto es moderno.

A la verdad, lo que persigue el socialismo es transformar la igualdad en libertad absoluta y hacer innecesarios la envidia y el resentimiento y acabar así con el poder, como instinto, deseo o pasión y como mando, capacidad de hacer, de que unos dominen a otros. Que excite hasta el paroxismo el deseo de igualdad, la envidia, el resentimiento y el deseo de poder es una paradoja que, por una parte, revela su inconsistencia intelectual, al prescindir de la naturaleza humana; por otra, le da su carácter perverso, al obstinarse en ir contra la realidad y destruir el sentido común. Sólo puede ser aceptado como una fe, y, en efecto, promete milagros. Es una religión secularista que espera cambiar radicalmente la naturaleza humana produciendo un hombre nuevo. La Sociedad tal como ha existido hasta ahora corrompe al ser humano. Hay que organizarla de forma que al comportarse siempre moralmente su naturaleza sea absolutamente buena para siempre. El otro gran milagro de la esperanza socialista es la realización de la Edad de Oro. Para lograr ambas cosas predica solidaridad, versión burocrática de la fraternidad. El socialismo que emergió de la revolución de 1848 bajo distintas formas, algunas ni siquiera llamadas socialistas, heredó el talante religioso que dio el tono a la Gran Revolución: no se dirigía a hombres concretos, los franceses, o a gentes de determinadas razas o culturas, etc. Predicaba la *liberté, égalité, fraternité* a la Humanidad entera. Hablaba del hombre en abstracto, y pasaba por alto las pasiones, las limitaciones y otras realidades. Intelectuales racionalistas, convencidos desde Kant de hallarse en el seguro sendero de la ciencia, impulsados emotivamente por el humanitarismo, actitud romántica que sustituyó a la tradición humanista, se

situaron directamente en la abstracción, pregonando el socialismo como buena nueva de la Humanidad redimida, para la que consideraban mejor predispuestos a los pobres, al proletariado.

El socialismo no se limita a la protesta o a predicar reformas: es un constructivismo racionalista que exige la transformación de la Sociedad entera para llegar a la Edad de Oro, el gran «proyecto», expresión que recuerda la gran «Obra» de los alquimistas, que al adolecer de arquetipos o modelos comprobados, se diluye, cuando está en el poder, en costosos experimentos y en oportunismo. Presentándose como destructor y constructor al mismo tiempo, enrola bajo sus banderas a los enemigos de lo existente y a los amigos de novedades. A la invocación de la ciencia como medio para conseguir sus propósitos que hace de él una variante del eterno gnosticismo, unió el socialismo la de rechazar el Estado y la política en los que vio -corrió en la religión, su verdadero competidor- la causa de todos los males. Lo suyo era la moral concebida religiosamente. Pero sólo una especie de socialistas, es decir, de amigos de la Sociedad, fueron enteramente! consecuentes: los anarquistas. La inmensa mayoría partiendo de la premisa de que no resultaba fácil acabar con el Estado, en manos de las clases poseedoras, pensaron y siguen pensando que es preferible apoderarse de él y utilizarlo como instrumento idóneo para transformar, bajo su dirección, la Sociedad en marcha hacia la Edad de Oro prometida y esperada.

Al ser el socialismo una ideocracia es espontáneamente un intenso, y, si puede, inmenso, aparato de propaganda;. A pesar de las disputas internas, coinciden los intelectuales en algunos puntos principales. El principal es la identificación de Satán, el enemigo absoluto, con el Capitalismo, del que hicieron un individuo histórico al que era preciso aniquilar mediante la liquidación de la propiedad y las clases medias. A esta requisitoria contra Satán, perfectamente definido por fin, gracias a la ciencia -fue la gran aportación doctrinaria de Marx y Proudhon, enemigos entre sí-, se unieron muchas gentes a las que no movía tanto la pasión de la igualdad, el resentimiento! la envidia o el ansia de poder como el anhelo de justicia en sociedades tradicionales entregadas a Satán. La cara visible del Capitalismo es el industrialismo. La Sociedad Industrial implica una nueva forma de vida social, hecho verdaderamente innovador, pues artera de tal modo ^as formas de vida tradicionales que resulta para muchos una forma de destrucción necesariamente satánica. Sentimiento, heredado por cierto por el ecologismo, que, evidentemente, no es revolucionario sino conservador y, visto desde la perspectiva actual, reaccionario.

A los intelectuales científicistas se unieron inmediatamente la masa de los literatos y artistas -eji realidad muchos de ellos les habían precedido- a quienes repugnaba el industrialismo y el espíritu de las clases) medias y les venía muy bien aprovechar los aspectos negativos de la nueva Sociedad. La evocación romántica de la Edad Media fue

«Al ser el socialismo una ideocracia es espontáneamente un intenso, y, si puede, inmenso, aparato de propaganda.»



«La cacareada revolución soviética y bolchevique no existió como tal: fue un golpe de Estado urdido por el estado mayor alemán por razones estratégicas. Inmediatamente se montó un enorme aparato de propaganda.»

su primera respuesta; la segunda, la crítica de la «burguesía», del «burgués» y de las clases medias. Por ejemplo, como es sabido, Carlos Marx extrajo su caracterización científica psicológica de estos prototipos, principalmente de las novelas de Balzac y de Sué. En un libro de otro conservador, su compatriota Lorenz von Stein, leyó las primeras noticias del saintsimonismo, de las luchas de clases, del socialismo y del comunismo, y, sobre todo, que las leyes inexorables de la máquina imponen el «jornal de máquina»: en la Sociedad Industrial los trabajadores no pueden ahorrar para adquirir propiedad, acceder a la cultura y emanciparse a la larga, como en otros tiempos en las sociedades agrarias. La industrialización metía a la parte más numerosa de la humanidad en un callejón sin salida dejando frente a frente a las clases medias, que son las protagonistas del industrialismo, y al proletariado.

Literatos y artistas, crearon sin ninguna clase de reserva el ambiente en que podían ser acogidas favorablemente las opiniones de los nuevos científicos sociales y formaron con ellos la nueva clase dirigente, configurando el prototipo de intelectual también hoy en trance de extinción. Los intelectuales científicistas se arrogaron la dirección directa de los movimientos sociales de acuerdo con la racionalidad histórica, favorable, según ellos, al socialismo; los otros se dedicaron a influir en los políticos y en la *bourgeoisie* conmoviendo sus sentimientos. El tiempo recompensó sus esfuerzos en pro de la humanidad a los que se unieron otras tropas. Augusto Comte fracasó en su intento de convencer al general de los Jesuitas y al Zar, jefe de la religión ortodoxa, de que se uniesen a él para establecer el reinado de la razón pública en la Sociedad Industrial. Más, a finales de siglo comenzó buena parte de la clerecía espiritual a unirse con el corazón -jamás con la razón- a los intelectuales laicos. No por razones científicas evidentemente, sino por desazón ante la Sociedad Industrial y la pérdida de la influencia secular: acostumbrados a sociedades predominantemente agrarias, tradicionales, se encontraban como perdidos en esa sociedad dinámica regida por el principio del rendimiento. Y, como la tendencia a la comodidad es una constante de la naturaleza humana, en vez de indagar su papel en las nuevas condiciones, les resultó más fácil satisfacer la compasión y la voluntad de caridad uniéndose al «anticapitalismo». A fin de cuentas, aun cuando los intelectuales laicos predicasen el ateísmo, perseguían el mismo fin sublime de redimir a la Humanidad de sus cadenas y, poco a poco, pasó a ser secundario que se tratase de redimirla en este mundo o en el otro. Como para Fausto, lo importante era la acción: redimir. Esta fortísima alianza casi sagrada alcanzó su climax tras la segunda guerra mundial, cuando la Unión Soviética se consolidó como Imperio Socialista Universal. Muchos de los que vivían extra muros, confundidos por las promesas, la propaganda y sus propios anhelos e ilusiones lo vieron como realización terrenal del Reino de Dios, digno de ser imitado.

Hoy se puede decir con exactitud que el reino era un Gran Imperio de la Mentira. El engaño y la falsedad fueron su característica más acusada desde el principio. Para empezar, la cacareada revolución soviética y bolchevique no existió como tal: fue un golpe urdido por el estado mayor alemán por razones estratégicas. Inmediatamente se montó un enorme aparato de propaganda que consumió recursos cuantiosos en exaltar y difundir la revolución. Consiguió un enorme prestigio a favor de la Unión Soviética donde ¡por fin! se estaba realizando el socialismo, si bien por el momento era mayor la destrucción que el progreso hacia la sociedad moral, aunque la

verdad es que el socialismo nunca ha podido, puede y podrá pasar de la fase destructiva. El temor al socialismo soviético, cuyo poder, multiplicado por el del activismo universal a su favor, se creía inmenso, suscitó otros poderes socialistas competidores del bolchevique. En primer lugar el fascismo. La desinformación propagandística ha hecho que se sepa poco de la admiración de Lenin por Mussolini, cuyas acciones tomaba como ejemplo. No esperaba que se convirtiese al nacionalismo el intelectual socialista italiano, un *condottiero*, al intuir que podía ser más rentable que el internacionalismo y que, una vez *Duce*, iba a ser su primer gran adversario. El segundo fue Adolfo Hitler, otro admirador del «gran hombre del sur de los Alpes». El *Führer* no tuvo ningún reparo en autodenominarse nacional-socialista. Y, cuando se acabó su amistad con Stalin, que había hecho posible la segunda guerra mundial, la celosa propaganda de los soviéticos y de todos los socialismos que en el mundo han sido, prefirió llamarle también fascista, para evitar inconvenientes asociaciones de ideas. Aliado con las democracias «capitalistas» para sobrevivir, la guerra mundial hizo respetable al socialismo soviético. Con ayuda de la propaganda y de los intelectuales se presentó como adalid de la verdadera democracia, lo que dio un prestigio casi irresistible al socialismo en todas partes. Capitalismo se hizo equivalente a fascismo y quien no fuera socialista era más o menos fascista. No todos los socialismos eran iguales, pero todos eran democráticos. La única diferencia entre ellos consistía en el grado en que admitían el recurso a la violencia física.

Todas las confesiones y capillas socialistas coincidían en que siendo la Sociedad socialista el sumo bien, el socialismo es lo que une, lo verdadero, lo bueno y lo bello y el Estado su demiurgo. Su triunfo inesperado en la Rusia soviética había consagrado a (Carlos Marx como el Mesías del nuevo Reino prometido y anhelado, aunque sus doctrinas características ya habían sido debidamente refutadas. El socialismo proudhoniano, muy influyente en países como Francia, España e Italia, que siempre había sido algo anarquizante, empezó a ser exprcizado. Dicho de otra manera, la contundente derrota de los socialismos nacionalistas redujo los socialismos a dos: el soviético, es decir, el que consigue conquistar todo el poder, y los demás. Hay que hacer la salvedad de que el inglés -el labo-

«El temor al socialismo soviético, cuyo poder, multiplicado por el del activismo universal a su favor, se creía inmenso, suscitó otros poderes socialistas competidores del bolchevique.»



**«Capitalismo se hizo
equivalente a fascismo y quien
no fuera socialista era más o
menos fascista.
No todos los socialismos
eran iguales, pero todos eran
democráticos.»**

rismo- bajo la influencia doméstica del estatismo keynesiano, siguió siendo nacional y escasamente permeable al marxismo, a pesar de Laski y otros entusiastas. Al difundirse el keynesismo en los países alejados de la influencia imperial soviética empezó la discusión acerca de cuál era verdaderamente democrático o más democrático. En la práctica esto se tradujo en la diferenciación entre el Estado Totalitario de la URSS y sus imitadores, y los que tuvieron que contentarse con el Estado de Bienestar inventado por Bismarck bajo la inspiración de Stein y puesto al día por Beveridge y el keynesismo. Como el Estado de Bienestar resultó ser más rentable que el bolchevique luego soviético, a pesar de que difundía más lentamente el socialismo, muchos socialistas, sobre todos después de que se dio publicidad oficial a las conocidas hazañas de Stalin, empezaron a tomar distancias del marxismo en calidad de humanistas, demócratas u otras siglas. Y puesto que la «derecha», les decir, los conservadores, en particular la democracia cristiana, por la fuerza de las cosas, por la propaganda o por disfrutar los placeres del poder, sin hacerse marxistas, proudhonianos, etc. eran también estatistas y todos juntos hacían crecer el Estado, los socialistas menos marxistas, denominados genéricamente socialdemócratas como antes de la «revolución» bolchevique, se integraron pacientemente en el sistema y se hicieron moderadamente capitalistas sin renunciar al gran «proyecto». Entonces estalló la revolución de 1968. Como revolución que es según el *Diccionario* «cambio violento en las instituciones políticas, económicas o sociales de una nación», la de mayo del 68 simplemente no existió. Pero, igual que la del 48, introdujo un fuerte cambio en las ideas. Censuró sin piedad el socialismo real. Del soviético -socialismo comunista- sus excesos, su poder y su fracaso; del socialdemócrata su integración culpable en el «sistema». En el fondo se trató de una protesta contra el aburrimiento del *statu quo* y el socialismo; la prueba es que, si no se sustituyó del todo a Marx por Freud se hizo un extraño cocktail con los dos.

Fue el comienzo del fin en nombre del socialismo. Ahora se trataba de realizarlo mediante el éxtasis, la evocación de aventuras lejanas como las del «Che» o de Ho-Chi-Min y la desintegración de las sociedades disolviendo únicamente las costumbres. Revolución efébica del socialismo en ninguna parte, proclamó que del mismo sólo quedaba la utopía a secas, que empezaron a invocar como terapia vital los intelectuales *in*, en vez del «proyecto» socialista, que quedaba a beneficio de inventario. Una manera de suicidarse literariamente ante la ingratitud de la realidad. El 68 mostró empero el socialismo comió nihilismo; por cierto, dando la razón a Donoso Cortés -muy respetado por Marcuse-, que seguramente había oído por primera vez esa palabra en Berlín, donde percibió el socialismo como ideología fáustica, alemana, igual que el estatismo es francés. Los sucesos del 68 se ven hoy como comienzo de lo que llevó a la *perestroika*, el suicidio del socialismo. Pero, al ser rusa la palabra *perestroika*, hay

supervivientes que no se sienten afectados y distinguen el socialismo real, fracasado por seguir un camino equivocado y el suyo, que no ha pasado aún de la interminable fase de «proyecto» y mostrado sus virtudes.

En realidad da lo mismo. El socialismo no es ya más que defensa de intereses, pues lo que queda es estatismo. Mayo del 68 no sólo puso en evidencia el fracaso del socialismo: expresó también la protesta contra el estatismo resumida en el eslogan «prohibido prohibir». Mas el «modelo» nacional sueco, arrinconado en el nordeste de Europa desde 1932, había pasado desapercibido para los revoltosos. Se había llevado moderadamente bien con sus primos alemanes en tiempos de Hitler y con los parientes soviéticos. El Estado controló poco a poco la Sociedad estableciendo un Bienestar muy completo, que ilustres prelados de la Iglesia vieron como ideal de sociedad conforme con los principios cristianos. Alcanzó su mayor prestigio cuando Olof Palme, maestro de los *mass media*, se convirtió en una especie de santo y seña socialista, casi comparable a Carlos Marx. Y, como todo parecía ir bien allí, la socialdemocracia universal puso en él sus esperanzas. Se reanimaron cuando en Grecia, España y Francia consiguieron los correligionarios el poder. En realidad fue el canto de cisne. Por diversas causas, comenzaba a desvanecerse el mito del Estado de Bienestar y a hacerse evidente que el Gran Imperio de la Mentira paralelo no era más que esto. Metió además los pies de barro en Afganistán, su Vietnam particular, y su parte colonial empezó a soliviantarse. No obstante Moscú fue, quizá más que nunca durante esos años, la Meca de todos los socialismos. Contribuyó a que, concebido el mundo estudiantil, cada vez más numeroso después de 1968, como una nueva clase temible y respetable, se impusiera la tiranía de las ciencias sociales. En colaboración con el método gramsciano y la concepción pedagógica democrática de John Dewey, se popularizó la idea de que el socialismo era irreversible. Parece que hasta el Vaticano contó en sus cálculos con un milenio socialista. Cuando Bobbio se preguntó ¿qué socialismo?, la respuesta irrefutable decía que sería socialismo lo que dictaminaran esas ciencias. Con un denominador común anti o contracultural según los casos, lo fragmentaron en multitud de ideologías complementarias, desde el feminismo y el ecologismo a la drogadicción y las teologías de la liberación pasando por las de la liberación sexual, el nudismo y la efebocracia. Parásitas del capitalismo, han actuado sobre el socialismo como un enérgico disolvente que lo hizo más agradable para sus adversarios. Contentos todos, anudaron en torno al Estado los enormes y extensos intereses que defienden hoy con denuedo el arcaísmo.

El socialismo es constructivismo ultraradical. Radical fue la construcción del Estado, un artificio. Pero lo es mucho más inventar la vida social, sustituir la realidad por invenciones. Su insuficiencia y su debilidad no se

«Los socialistas menos marxistas, denominados socialdemócratas como antes de la 'revolución' bolchevique, se integraron en el sistema y se hicieron moderadamente capitalistas sin renunciar al gran 'proyecto'. Entonces estalló la revolución de 1968.»



«El 68 mostró empero el socialismo como nihilismo; por cierto, dando la razón a Donoso Cortés -muy respetado por Marcuse-, que seguramente había oído por primera vez esa palabra en Berlín, donde percibió el socialismo como ideología fáustica.»

debe sólo a la imposibilidad del cálculo económico en una sociedad socialista^ o a su dificultad cuando lo es a medias, sino a que, al ser el Estado el único modelo disponible a cuya imagen y semejanza acaba el socialismo organizando la sociedad, regimenta todo hasta tal punto que reduce el arte de gobernar a técnica de dominación. Lenin entendió muy bien su espíritu al decir que el socialismo es los soviets más la electricidad, aunque la fórmula sea equívoca. Su espíritu es el de la técnica pero como la técnica no tiene espíritu, en el socialismo no hay al final más espíritu que el de la sumisión a lo técnico estatal guiado por caprichos ideológicos. Por eso es el socialismo la religión totalitaria que cree que con la técnica se puede conseguir todo lo que quiera la ideología. Y como la ideología socialista aspira a sustituir el pasado por un futuro inexcrutable, consiste su primer acto en prescindir de la realidad y orga-

nizar la Sociedad como el Estado. A medida que aquella se desintegra se ve obligada a apelar a la violencia más o menos velada por la corrupción o a ambas al mismo tiempo, sin poder sobrepasar este estadio inicial. Lo demuestran los hechos. Donde ha monopolizado todo el poder, como en la desaparecida Unión Soviética o en la Alemania nacionalsocialista, no ha pasado de la violencia como fórmula de integración. En Suecia, que es posiblemente donde se había avanzado más hacia el verdadero totalitarismo, la violencia pasaba inadvertida por ser más sutil -manipulación-, pero también aquí se ha puesto en evidencia, igual que la corrupción y la ineficiencia del sistema. En Francia, en Grecia, en España, para detener la desintegración social inherente al «proyecto» socialista, se han estructurado sistemas de corrupción mediadores entre el Estado y la Sociedad. En naciones como Italia, donde la democracia cristiana ofició como socialdemocracia casi desde el principio, no hay otra cosa, hallándose a punto de desintegrarse el mismo Estado. Y no están mejor las cosas en otros sitios donde el socialismo] ideología antipolítica, ha impregnado suficientemente el arte de gobernar, aunque se guarden mejor las formas. **E**l problema, salvo en naciones aú^omarginadas, no es hoy el socialismo en cuanto tal, sino la enorme confusión que ha creado sobre la naturaleza de la democracia, la política, la Sociedad y el Estado, y el estatismo que proletariza las clases medias haciéndolas depender de la burocracia. Probablemente la tarea histórica del socialismo ha consistido en poner fin a la época de la estatalidad. Los europeos jhan vivido siglos magníficos gracias al invento del Estado. Acostumbrados a él, han consentido que se entremetiese excesivamente en la Sociedad. Mas el Estado socialista Totalitario y su años el de Bienestar -Estados-iglesias- parecen ser las últimas metamorfosis posibles. El socialismo, al ins^umentalizarlo al servicio de sus fines, ha diluido la esencia de los estatales: la neutralidad objetiva. El final del socialismo podría ir unido al agostamie^nto del Estado, que es sólo la forma histórica moderna de lo Político. Pero regresar al Estado Mínimo sería un remedio precario y equívoco. La Historia nunca marcha hacia atrás.